



Revista Sociedad y Economía

ISSN: 1657-6357

revistasye@univalle.edu.co

Universidad del Valle

Colombia

Domínguez, Marta

La Playboy: la participación de hombres y mujeres en una pandilla juvenil de Siloé, Cali

Revista Sociedad y Economía, núm. 5, octubre, 2003, pp. 82-104

Universidad del Valle

Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99617828004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La Playboy: la participación de hombres y mujeres en una pandilla juvenil de Siloé, Cali

Marta Domínguez¹

Resumen

En este texto se analiza la naturaleza diferencial de la participación de hombres y mujeres en las pandillas juveniles a través del estudio de caso de una pandilla del barrio Siloé (Cali, Colombia). Asumiendo una perspectiva de género, y a partir de los datos recogidos mediante trabajo etnográfico, se muestran las formas particulares de participación de hombres y mujeres en estos grupos y se describen las interacciones cotidianas tanto en las pandillas como con respecto a otros residentes en el barrio y a grupos rivales. Todo ello a la luz de una pregunta general sobre el carácter de las soluciones que dan las pandillas a las contradicciones socio-económicas y de las expectativas de vida, diferenciadas por género, que la participación en estas agrupaciones ofrecen a los jóvenes.

Abstract

A case-study of a street-gang in the Siloé barrio (Cali, Colombia) gives the opportunity to analyze the differential participation of men and women in juvenile gangs. In a genre perspective and using ethnographic data, the paper reports the peculiar forms of participation of men and women in these groups, and describes the everyday interactions both within the gangs and with local residents and rival gangs. A central question here is the extent to which gangs offer solutions to youngsters, along genre lines, concerning the socio-economic contradictions and life expectations.

Palabras Claves: Género, Violencia Urbana, Pandillas, Jóvenes, Identidad, Sociabilidad.

1 Socióloga. Estudiante del programa de Doctorado en Ciencias Sociales con Especialidad en Sociología en el Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México e Investigadora Asociada del CIDSE, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle. Una primera versión de este texto se presentó en 1999 como tesis de Maestría en el Gender Institute de la London School of Economics and Political Sciences. Mis sinceros agradecimientos a Paola Andrea Bedoya por su valiosa ayuda durante el desarrollo de la investigación. No sólo me acercó a los miembros de la pandilla de La Playboy y me acompañó siempre, sino que también compartió conmigo sus experiencias con las pandillas y la historia de su vida en Siloé. Gracias a su paciencia y preocupación por mi seguridad fui capaz de terminar esta investigación. Quiero también agradecer a todos los miembros, mujeres y hombres, de La Playboy por compartir estas historias. [Traducción de Pedro Quintín, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle; traducción revisada por la autora].

La perspectiva de género en el estudio de la conflictividad y la violencia urbana

Sin duda género y violencia son elementos que se han conjugado una y otra vez en el ámbito de las ciencias sociales. Esto se debe fundamentalmente a que cualquier reflexión que se plantea desde una perspectiva de género tiene como eje de análisis las relaciones de poder entre hombres y mujeres, siendo la violencia la manifestación más extrema de estas relaciones de poder. No es coincidencia por lo tanto que, en la mayoría de los casos en los cuales se conjugan género y violencia, el tema central sea la violencia contra la mujer, o de manera más general la violencia que se da como manifestación extrema de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. A este tipo de violencia se le ha dado el nombre de “violencia de género” y su estudio ha generado valiosos aportes para la comprensión de los mecanismos más extremos (y más rutinarios si tomamos en cuenta la violencia simbólica) de subordinación de las mujeres (cf. Bourdieu, 2000).

Sin embargo, esta no es la única forma en la que se pueden conjugar género y violencia ni es la forma en que se plantea el análisis en este artículo. El uso de una perspectiva de género ampliada al estudio de la conflictividad y la violencia urbana plantea otra manera de mirar la relación entre género y violencia, permitiendo explorar elementos de género centrales en las manifestaciones de violencia, así esta no esté relacionada con mecanismos directos de subordinación. Así, la conjugación entre género y violencia no se basa en el estudio de las mujeres como víctimas de actos violentos, sino, más bien, en los hombres y mujeres como actores del conflicto y de la violencia, dando importancia a cómo diferentes aspectos del ser hombre o mujer son centrales para comprender tanto la participación de los actores en los conflictos y actos violentos como las manifestaciones concretas de la violencia.

Ciertos estudios sobre pandillas juveniles en Colombia, en especial aquellos de corte etnográfico, proporcionan algunas claves para entender la importancia de una perspectiva de género en el análisis de la violencia, aunque esta no se retome en ellos de forma directa. Tal es el caso de los estudios de Alfonso Salazar *No nacimos pa' semilla* (1990) y *Mujeres de Fuego* (1993). Sin embargo, y pese a que sus entrevistas con los miembros varones de las pandillas de Medellín están llenas de referencias a la importancia de *ser un hombre*, respetado, temido y admirado, se da poca importancia a la centralidad de la identidad de género y masculina en la comprensión final de las actividades de las pandillas y de la violencia. Salazar explica la forma cómo las pandillas se convierten en modelos de identidad para los jóvenes de esos barrios pobres de Medellín donde la violencia y la muerte son referencias fundamentales. Igualmente relaciona la vinculación a las pandillas con la necesidad de ser alguien en un mundo que ofrece pocas alternativas a los jóvenes.

Las condiciones de pobreza, desigualdad y falta de alternativas que Salazar asocia con la participación en pandillas no son exclusivas de los hombres (cf. Guzmán y Domínguez, 1998). Sin embargo, esta forma de “resolver” el problema de “ser alguien” parece ser

específico de los hombres jóvenes de estos barrios. Esto no quiere decir que las mujeres no participen en las actividades de las pandillas ni en acciones violentas, sin embargo parece haber una diferencia marcada en la forma en que las mujeres se involucran en estos grupos y sobre todo en la forma en que le dan significado a estas actividades. En este artículo se intenta mirar más de cerca la naturaleza de la participación de hombres y mujeres en pandillas juveniles, a través del estudio de caso de una pandilla del barrio Siloé en la ciudad de Cali.

Subculturas juveniles

Las pandillas callejeras y los movimientos de jóvenes en general han sido estudiados a partir de la categoría analítica de “subcultura”. Pese a que la utilidad de esta categoría ha sido cuestionada, algunas de sus proposiciones de fondo pueden tomarse como un punto de partida para un análisis de género de las pandillas de Siloé.

Se ha sugerido que las subculturas ofrecen, por un lado, “soluciones de naturaleza ‘mágica’ (es decir, que se desarrollan en el terreno de la fantasía) más que soluciones de naturaleza práctica a las contradicciones inherentes en el sistema socio-económico experimentado por el actor” (Brake, 1985: 15²). En *Resistance Through Ritual*, de Hall y Jefferson (1976), uno de los textos clásicos en la literatura de las subculturas, se sugiere que ellas “proveen a una parte de la juventud de la clase obrera, sobre todo a los muchachos, con una especie de estrategia para la negociación de su existencia colectiva particular” (McRobbie, 1976: 209).

Este planteamiento puede confrontarse con lo que sucede con las pandillas en Siloé. Ciertamente, los jóvenes de Siloé viven entre “contradicciones” como las que describe Brake para los jóvenes de las clases obreras: altos niveles de pobreza junto a un desempleo en aumento, pocas oportunidades para estudiar o adquirir habilidades en una ciudad con extremas desigualdades, y una muy limitada movilidad social. En este contexto, las pandillas parecen proveer esas “soluciones mágicas” para los jóvenes: cierta fantasía de poder y control mediante el uso extremo de la violencia; un dominio simbólico sobre el territorio; el sentimiento de ser alguien, respetado y temido, en un lugar donde estos jóvenes tienen pocas opciones y por consiguiente poco control sobre sus vidas.

Pese a que el género no es un aspecto central en la mayor parte de la literatura sobre las subculturas, las anteriores constataciones de Brake y de McRobbie corroboran su importancia. El género surge como elemento importante en dos sentidos: por un lado, por el hecho de que estas estrategias juveniles o “soluciones mágicas” contienen dimensiones de género. Si las subculturas proveen una especie de “solución a las contradicciones inherentes”, ¿hasta qué punto tanto las contradicciones como las soluciones están relacionadas con lo que los jóvenes perciben que es ser un hombre o una mujer? Los estereotipos de género, ¿son reforzados, impugnados o vueltos a inventar en estas estrategias de negociación de “su existencia colectiva concreta”?

2 Todas las citas han sido traducidas por nosotros.

Por otro lado, las contradicciones inherentes al sistema socio-económico a las que se dice que se enfrentan las subculturas no son experimentadas exclusivamente por los hombres. Sin embargo, las culturas juveniles parecen ser un fenómeno dominado por los varones. Si las subculturas están constituidas “mayoritariamente por chicos”, ¿cómo están enfrentando las mujeres su existencia colectiva concreta? Su ausencia aparente de las culturas juveniles, ¿acaso es indicativo de una ausencia real, una falta de acceso a esta forma de expresión, o más bien un problema metodológico asociado a la presencia de sesgos en la investigación?

Angela McRobbie y Jenny Garber (1976) abordan este problema en su capítulo “Girls and Subcultures”, dentro de la misma compilación *Resistance Through Rituals*. Ellas llaman nuestra atención sobre el hecho de que muchos de los investigadores de las subculturas han sido hombres y los aspectos a los que han puesto más atención son precisamente las manifestaciones extremas de esas subculturas juveniles, como son la violencia, los asesinatos y las confrontaciones directas. Estas, de acuerdo con las autoras, son las actividades de las que más a menudo están excluidas las mujeres.

“La invisibilidad femenina dentro de las subculturas juveniles termina por ser una profecía autocomplida, un círculo vicioso, a causa de gran variedad de razones. Puede ser porque las jóvenes no han jugado un papel vital en estos agrupamientos. Por otro lado, el énfasis en la documentación de estos fenómenos en los varones y en lo masculino, refuerza y amplifica nuestra concepción de las subculturas como predominantemente masculinas” (McRobbie y Garber, 1976: 212).

Sin embargo, no es sólo un problema de investigación sesgada lo que hace a las mujeres invisibles o las sitúa en un papel secundario en la literatura sobre subculturas. Según el análisis de McRobbie y Garber, las muchachas ocupan de hecho un lugar menos central en las subculturas juveniles. Por eso las autoras sugieren un desplazamiento analítico respecto del grupo subcultural si es que se quiere decir algo acerca de la cultura de las jóvenes. Plantean, en consecuencia, que el grupo de la subcultura no es el mejor lugar para encontrar los “rituales equivalentes, las respuestas y las negociaciones de las jóvenes” ya que ellas negocian espacios diferentes y ofrecen formas distintas de resistencia. Las autoras tienden a estar de acuerdo con lo que Jules Henry describe como parte de la experiencia de los adolescentes norteamericanos:

“Mientras avanzan hacia la adolescencia, las chicas no necesitan grupos; de hecho, para muchas de las cosas que ellas hacen, ser más de dos puede convertirse en un obstáculo. Los chicos van en manada, mientras que ellas pocas veces van en grupos de más de cuatro miembros; para ellos, un grupo de cuatro no tiene ninguna utilidad. Los muchachos dependen de la solidaridad masculina dentro de un grupo relativamente grande. En los grupos de chicos el énfasis se pone en la unidad masculina, mientras que en los de las chicas el propósito es excluir a las demás” (Henry citado en McRobbie y Garber, 1976: 221).

Esta posición parte de la observación de que los grupos de chicos y chicas a menudo se dan

como un hecho que no necesita mayor indagación. Sin embargo, es precisamente a partir de una mirada crítica a este tipo de afirmaciones que se puede hacer un análisis de género de las subculturas. En lugar de rechazar la subcultura como un instrumento analítico para el estudio de la cultura juvenil femenina con el argumento de que las jóvenes “no lo hacen”, lo importante es preguntarse el por qué de esta situación. ¿Es cierto que ellas no necesitan grupos y raramente van en grupos de más de cuatro? ¿Es cierto que ellos dependen de la solidaridad masculina y enfatizan la unidad masculina mientras que ellas no lo hacen? Si ello es así, ¿por qué sucede?

En un artículo posterior, McRobbie (1980) elabora una manera más útil de enfrentar la ausencia aparente de las jóvenes en las subculturas juveniles. Aquí McRobbie se fija de manera central en el tema del acceso a las “soluciones subculturales”. Pensando en términos de “acceso”, introduce el tema de las diferentes posiciones que ocupan los chicos y las chicas, y explica la ausencia de las chicas como una evidencia de su subordinación.

“... la ausencia de subculturas predominantemente de mujeres, su negativa a acceder a estas ‘soluciones’, es la evidencia de su mayor opresión y de las normas heterosexuales que las rodean y que encuentran expresión en la ideología del amor romántico” (McRobbie, 1980: 74).

Puede ser cierto que los jóvenes tengan mayores posibilidades de participar en las pandillas dado que a ellos se les adjudica más usualmente una “necesidad de divertirse” o de “calmar sus ánimos”, privilegios raramente acordados para las chicas. Los chicos suelen tener además mayor libertad relativa para moverse, para estar en las calles. Las chicas están más confinadas a la casa y más constreñidas por las “normas de la feminidad” y al mismo tiempo sancionadas con más fuerza por tener comportamientos “inapropiados”. Sin embargo, en términos de las pandillas de Siloé, la libertad relativa que tienen los chicos para participar en las pandillas es algo contradictorio. Es una libertad para vivir, como ellos dicen, *con un pie en la tumba*, una libertad para consumir drogas poco confiables, para vivir con la idea siempre presente de que no se va a pasar de la veintena. McRobbie reflexiona sobre este punto y sin embargo insiste en que las subculturas pueden por lo menos ofrecer un espacio a partir del que las chicas podrían superar y trascender algunas de las restricciones que les son impuestas a causa de su género.

La libertad para consumir alcohol y drogas, para esnifar pegamento y vagar por las calles marcando tan sólo territorios simbólicos es algo apenas un poco menos opresivo que las limitaciones que viven las chicas en sus hogares. Sin embargo, la subcultura clásica provee a sus miembros de un sentido de socialidad oposicional, y un placer sin ambages en el estilo, una identidad pública turbadora y un conjunto de fantasías colectivas... Hasta el extremo de que las subculturas exclusivas de las chicas, donde el compromiso con la colectividad estuviese en primer lugar, podría permitir trascender estos procesos y proveer a sus miembros de una confianza colectiva que podría llevar a superar la necesidad de “chicos”, lo que bien podría señalar un progreso importante en las políticas de la cultura de los jóvenes (McRobbie, 1980: 80).

En consecuencia, McRobbie da gran importancia a los aspectos colectivos de las subculturas y a las posibilidades de resistencia que ellos puedan tener para las chicas. Efectivamente, con todo ello nos propone un marco interesante para pensar la participación de las mujeres en las pandillas y el papel que tiene el género para mediar esta participación.

En general, la literatura sobre subculturas ofrece un marco pertinente a través del que enfocar los diferentes aspectos de la pregunta central de este artículo: ¿Hasta qué punto podemos pensar que las pandillas de Siloé dan soluciones mágicas a las contradicciones existentes en el sistema socio-económico tal y como son experimentadas por sus miembros? ¿Cómo se relacionan las actividades de las pandillas con las negociaciones de las identidades de género en el contexto de estas contradicciones? ¿Es periférica la participación de las chicas en las pandillas y, si es así, acaso tienen otras colectividades a través de las que enfrentar su existencia colectiva? ¿Hasta qué punto las actividades de las chicas están más controladas que las de los chicos, y cómo se correlaciona eso con su aparente invisibilidad como grupo?

La investigación: metodología y procedimiento

Un conocimiento situado: la importancia de la reflexión

Las feministas que han reflexionado sobre la epistemología y la metodología de la investigación han alimentado debates interesantes acerca de los significados de la objetividad. Uno de los pilares centrales de estos debates sobre la producción de conocimiento es que todo conocimiento está socialmente situado. La implicación que ello supone para la investigación es que nos coloca, en tanto que investigadores, dentro del proceso mismo de investigación. Ello nos obliga a pensar no sólo acerca de la pregunta de investigación sino acerca de nuestra posición en relación con esa pregunta y las implicaciones que nuestra posición tiene en el conocimiento que estamos produciendo. Esta sección metodológica plantea la forma en que este tipo de reflexiones han marcado esta investigación en particular. Se tomarán en cuenta dos propuestas básicas del debate:

1. Todo conocimiento está socialmente situado. Si la producción de conocimiento nunca es un proceso impersonal, entonces el resultado, el conocimiento, nunca puede ser visto como algo que viene “de ninguna parte”, como si fuera el resultado de un reflejo sin mediaciones de una “realidad” que está “ahí afuera”. El bagaje que carga el investigador, y que incluye por ejemplo el género, la raza, la clase social o la educación, no está por fuera de cómo percibimos el mundo y por tanto es central a la hora de determinar cómo hacemos investigación y cómo interpretamos sus resultados. Esto lanza fuertes dudas sobre las concepciones positivistas de la objetividad y las concepciones de la investigación como captura de un conocimiento que está “ahí afuera” y que es independiente del investigador.
2. El concepto de objetividad fuerte que propone Sandra Harding es central en este debate. Ella plantea que el hecho de que todo conocimiento esté socialmente situado no debe

3. llevarnos a un relativismo absoluto. Si todo conocimiento está situado socialmente, y no podemos escapar de nuestra subjetividad a la hora de hacer investigación, entonces lo mejor que podemos hacer es realizar el ejercicio de explicitar en lo posible nuestra subjetividad. Sólo cuando podamos hacer consciente nuestra subjetividad e introducirla en el debate como parte de nuestros datos, seremos capaces de ser explícitos acerca de la forma en que ella informa nuestra investigación. Esto es lo que constituye la reflexividad y es la forma de mantenerse lo más cerca posible de la objetividad.

La reflexividad debe entonces ser un proceso constante de reflexión sobre lo que sucede durante la investigación y sobre cómo se reacciona a lo que nos rodea. Esta información es difícil de procesar y de calibrar, pues a menudo lleva a observaciones, comentarios y pensamientos apenas garabateados en un diario de campo, pero es básica puesto que rebusca en la forma en que hemos adelantado la investigación y en cómo hemos dado sentido a los datos. Cuando las cosas nos sorprenden, nos confunden o se nos ponen difíciles durante el trabajo de investigación, es ahí precisamente donde nuestro yo históricamente corporeizado se hace evidente. Siendo explícitos acerca de estos momentos y reflexionando acerca de cómo ellos son parte del proceso de investigación es una forma de proporcionar el acceso al proceso de producción de conocimiento y por tanto de tener una objetividad fortalecida.

En el contexto específico de esta investigación, este tipo de información es tan importante como aquellos datos más tangibles recogidos por medio de entrevistas. Para poder tener acceso a la pandilla con la que estaba trabajando tuve que vagabundear por el área hasta terminar siendo un rostro familiar. En retrospectiva, encuentro que esos días fueron de gran importancia para familiarizarme con todo el contexto en el que operaba la pandilla. El conocimiento recogido durante esos desplazamientos, mirando, escuchando, charlando tanto con los vecinos como con los miembros de la pandilla, es muy valioso, aún cuando se trate de información difícil de trabajar a fin de usarla como parte de la “investigación”. Sin embargo, en cierta manera esas impresiones, sentimientos entrañables y observaciones aparecen en el análisis de la información que se recoge de una manera más formal. Es por tanto importante retomarla y reflexionar sobre la forma en que ella se dio.

Hay muchas cosas que aprendí durante esos vagabundeos y que no podía percibir en las entrevistas. Por ejemplo, es difícil leer en las entrevistas la permanente atmósfera de tensión y el constante *vigilar* a las pandillas enemigas, así como la manera en que ello se convierte en un estilo de vida normal. Todo el vecindario, y no sólo las pandillas, parecen convivir con la violencia y la muerte, pues los disparos, los asesinatos, los asaltos, etc., ocurren diariamente y constituyen parte de la “normalidad”. Durante el tiempo en que estaba haciendo la investigación un muchacho fue asesinato a unos pocos metros del sitio donde me solía sentar para hacer las entrevistas; en otra ocasión, una muchacha recibió un tiro en la pierna. Ambos incidentes ocurrieron de noche, cuando yo no estaba presente, pero la atmósfera general de normalidad con la que la gente me contó las historias durante los días siguientes dice mucho acerca de la violencia tal y como se la vive allí.

Una parte central de esta investigación, las diferencias entre chicos y chicas que forman parte de pandillas, fueron más bien observadas que discutidas durante las entrevistas. El hecho de que fuera más difícil entrevistar a las jóvenes que a los jóvenes es también un aspecto importante que no puede desprenderse exclusivamente de las entrevistas. Ellas parecían más prevenidas conmigo y también yo me sentía más cautelosa con ellas. Además, ellas estaban menos presentes y eran menos visibles, puesto que estaban menos comprometidas en la defensa del territorio, una observación que es central para precisar las dimensiones de género en las actividades y la violencia de las pandillas.

Finalmente, incluso durante las entrevistas alguna de la información más importante era la que no aparecía finalmente en la transcripción. Encontré, por ejemplo, que preguntas que consideraba fundamentales eran a menudo descartadas por los entrevistados como intrascendentes. Algunas preguntas incluso parecían no tener un sentido completo para el entrevistado, y ello se constituía en sí mismo en una pieza importante de información. Esto puede mostrarnos una o dos cosas: constituirse en evidencia de cómo vamos a investigar con ideas preconcebidas acerca de “lo que pasa”, por lo que estos incidentes ofrecen oportunidades únicas para poner en cuestión nuestras posiciones; o ser también evidencia de un aspecto que es realmente básico, pero que está tan incorporado y es tan “normal” para el entrevistado, que la posibilidad de que sea de otra forma parece no tener sentido para él.

Un buen ejemplo de esto es la respuesta a preguntas acerca de cómo los jóvenes ingresaban a las pandillas. Esta pregunta parecía tener poco sentido para los pandilleros dado que para ellos no hubo un momento decisivo ni un mecanismo preciso para participar. Esto era importante para mí en dos sentidos. Antes que nada ponía en entredicho las ideas preconcebidas acerca de las pandillas como entidades organizadas, con líderes claros y exigentes condiciones de entrada; al contrario, encontré que las pandillas eran más bien espontáneas en su organización. Por otro lado, ello me hizo dar cuenta de que la imagen general de grupos de jóvenes desempleados que terminan por verse inmersos en la criminalidad estaba bastante extendida en el barrio. En este sentido, las preguntas acerca de “cómo los chicos entran en las pandillas” a menudo tenía respuestas del estilo de “ellos están ahí”.

Sin embargo, pese a que una parte substantiva de la información recogida durante la investigación la logré mediante este proceso de juntar los fragmentos y la reflexión, y que otro tanto provino de la “percepción del contexto”, todos estos procesos son difícilmente incorporables al análisis final. Incluso disponiendo de un diario de campo, es a menudo difícil integrar estos temas en el momento de la escritura de un texto de investigación. Los informes de investigación son a menudo un producto final en el que los resultados están pulcramente descritos con sólo unas pocas trazas del cómo se hizo la investigación. En este caso, he encontrado que la forma en que las cosas pasaron durante la investigación se constituye en una información tan vital como la que resulta del duro escrutinio de las transcripciones de las entrevistas. He tratado de incluir este tono reflexivo a lo largo del texto. Dada la naturaleza del tema, encuentro importante dar algunos detalles acerca del proceso de acceso a las pandillas.

El acceso

La mayor parte de la gente de Cali nunca ha entrado a Siloé. No se trata de un área encerrada o alejada de la ciudad: el barrio está ubicado en un cerro que lo hace visible desde casi toda la parte sur de Cali. Sin embargo, este barrio es históricamente reconocido como un lugar pobre y peligroso, donde incluso los camiones repartidores y los distribuidores de periódicos no entran por miedo a ser asaltados por alguna de las numerosas pandillas. Entrar a Siloé produce la sensación de entrar en un lugar ajeno, un lugar donde hay leyes diferentes, un lugar donde los mapas de las áreas más o menos peligrosas a través de las que moverse no son evidentes para el extraño a la zona.

Me tomaba un promedio de diez minutos en bus, más tres minutos a pie, llegar desde mi casa hasta el territorio de la pandilla con la que estaba trabajando; en menos de quince minutos entraba en un área de la ciudad en la que era una completa extraña. En mi opinión, esto hacía de mi entrada al asentamiento lo más importante para comprender la actividad de la pandilla, aunque ello convertía también el tema de la entrada y el acceso en algo evidentemente problemático. Siloé no es un barrio por el que se pueda caminar sin compañía de alguien de allí o por el que se pueda pasear tranquilamente, y menos aún entrevistar a los miembros de las pandillas sobre sus actividades. Afortunadamente, tenía algunos contactos de investigaciones previas y muy pronto me puse en contacto con Paola, una joven de Siloé de 21 años que había trabajado con dos de las pandillas que había cerca de su casa. Paola era la actual reina de belleza de la Comuna 20, una posición reconocida en el barrio. Su trabajo con las pandillas consistía en organizar actividades esporádicas estimuladas por las donaciones de diferentes proyectos de desarrollo no gubernamentales y por organizaciones caritativas. Estas básicamente ofrecían almuerzos o equipamiento deportivo para las pandillas, iniciativas intempestivas y algo ingenuas, diseñadas para mejorar “la convivencia ciudadana” y reducir los atracos en la zona. Paola participaba en una iniciativa del gobierno municipal para llevar a las diferentes pandillas a una mesa de negociación con el objeto de que abandonaran sus actividades delictivas, un plan que no tuvo mayor éxito.

Paola era muy conocida en el vecindario y era respetada por las pandillas. Mi llegada con ella fue vital no sólo para poder hablar con los miembros de la pandilla sino también para garantizar un mínimo de seguridad durante mis andanzas; ella estaba siempre conmigo. Sin embargo, tomó bastantes días de conversaciones y de merodeos por la zona antes de poder empezar las entrevistas de manera más formal. Los miembros de la pandilla estaban muy prevenidos respecto de los extraños; después de todo son perseguidos tanto por la policía y por otras pandillas como por las organizaciones de vigilancia barrial. En la pequeña zona que consideran su territorio siempre están alertas ante posibles ataques, y se mantienen preocupados por las posibles “fugas de información” acerca de sus movimientos, especialmente las filtraciones que puedan llegar a oídos de la otra pandilla que es su principal enemiga acerca de cuándo planean un ataque. Ganar la confianza de los miembros fue un proceso importante y difícil. Encontré que ser mujer ofrecía una ventaja para tener acceso a las pandillas al, aparentemente, representar para ellos un peligro menor,

reforzándose la creencia de que la violencia, el crimen y la agresión son “cosa de hombres”. Inicialmente, estaba pensando trabajar con dos pandillas que vivían cerca y estaban en constante confrontación: La Playboy y La Mina. Sin embargo, durante la semana de inicio de la investigación se agudizaron los enfrentamientos entre ellas y decidí concentrarme sólo en la pandilla que parecía más accesible. Además, no me sentía a gusto trasladándome de un territorio al otro, aún cuando parecía que Paola pensaba que no había problema con ello. Siendo una extraña, realmente sentí que ello podía suscitar sospechas, especialmente desde el momento en que estaba planeando hacer preguntas concretas acerca de las peleas entre pandillas. Decidí trabajar con la pandilla en que me sentí más segura gracias a que había hecho amistad con una pareja de vecinos que me proveerían de refugio en caso de que hubiera enfrentamientos. Nunca me sentí amenazada por los miembros de la pandilla a los que estaba entrevistando dado que había sido presentado por Paola y el trabajo iba desarrollándose de manera conveniente. Sin embargo, los disparos entre pandillas eran una situación cotidiana y uno podía sentir también la angustia y la incertidumbre de nunca saber cuándo iban a tener lugar.

Probablemente el motivo principal de la elección de una pandilla antes que la otra fue que el primer día que visité la zona vi a un mayor número de chicas en la pandilla con la que finalmente trabajé. Conversé con dos de ellas que tenían siete y ocho meses de embarazo respectivamente y cuyos novios eran también miembros de la pandilla. Mi contacto inicial con estas jóvenes y mi curiosidad por oír sus historias fue un elemento decisivo.

Sugestivamente, la sensación de relativa seguridad por el hecho de ser mujer se puso en entredicho al hablar con algunas de estas mujeres pandilleras. Sus repetidas historias acerca de los golpes que repartían sobre cualquier persona que ellas quisieran cuando estaban bajo los efectos de las drogas me hicieron sentir aún más en la línea de fuego que cuando charlaba con los fuertemente armados miembros varones de la pandilla. Paola se negó a acompañarme a algunas de estas entrevistas con las chicas argumentando que no quería tener ningún problema con ellas.

El tema del acceso es importante para entender la información que logré obtener. Era una extraña en Siloé, pero al mismo tiempo no constituía una amenaza para la pandilla. Su actitud hacia mí fue más bien la de *ayudarme con esa tarea que debía hacer para la escuela* así que, aparte de las reservas iniciales, estaban usualmente bastante contentos de charlar y contarme sus historias.

Las entrevistas

Era claro para mí que la aproximación debía ser tan sincera y explícita como fuera posible. Informé a los miembros de la pandilla que estaba haciendo mi investigación para mi grado universitario, lo que contribuyó a ganarme su confianza. Ello facilitó el poder usar, con el permiso de los entrevistados, una grabadora. En principio, todas las entrevistas tomaron la forma de historias de vida; empezaba mostrando mi interés en saber cómo cada persona entró a la pandilla y lo que ellos sentían que ganaban con ello. Constantemente debía estar

alerta a las referencias no demandadas sobre los aspectos de género y debía tratar de llevar al entrevistado a explicar sus comentarios con mayor detalle. También hice bastantes preguntas, tanto a ellas como a ellos, sobre la participación de las chicas en las pandillas.

Lo que resultó de todo ello fue un grueso documento con todas las entrevistas transcritas que luego organicé de acuerdo a los temas más destacados. Encontré que este proceso de dejar que la información saliera de unas entrevistas tan poco estructuradas me ayudó a encontrar tópicos que nunca habría pensado tener en cuenta pero que, entonces, se mostraron como fundamentales para el análisis.

Un análisis de género de la participación en las pandillas

La hipótesis central con la que se comenzó esta investigación era que la identidad de género era un componente principal en la representación de la violencia, y que en el caso particular de las pandillas, los elementos de la identidad de género eran centrales en la comprensión de los conflictos por el control y el poder que tenían lugar en ellas. Los hallazgos iniciales de hecho confirman esta hipótesis, puesto que la mayor parte de los despliegues de violencia tenían bastante de simbólicos y mucho que ver con el “ser visto”, temido y “respetado como un hombre”. Sin embargo, una segunda hipótesis, concerniente a las actividades de las mujeres jóvenes quienes vivían contradicciones similares en términos de falta de oportunidades, era que ellas no estaban apelando a la violencia y que, como colectividad, podían estar negociando formas más creativas, más productivas así fueran menos visibles, de lidiar con su existencia colectiva.

Sin embargo se encontró poca evidencia de actividades colectivas entre las jóvenes. De hecho, fue difícil incluso empezar a preguntar a las chicas lo que hacían dado que estas no eran visibles como grupo. Afortunadamente mi informante era una mujer del barrio, así que insistí con preguntas acerca de las actividades de las chicas y si se reunían de alguna forma. A todo ello respondió que las chicas permanecían en casa mucho más tiempo que los chicos y que ellas realmente no pasaban mucho tiempo reunidas. Las pocas chicas que de forma visible se reunían eran aquellas que estaban involucradas con las pandillas. El enfoque se orientó a averiguar cómo participaban las jóvenes en las pandillas, si se sentían parte del grupo y hasta qué punto tomaban parte en los actos violentos. En general el objetivo era saber si el tipo de “soluciones simbólicas” sobre el poder y el control que parecían funcionar para los chicos aplicaban también para las chicas, y qué papel jugaban estas en las identidades colectivas de la pandilla.

Elementos de género en la pertenencia a la pandilla

Está claro, desde el punto de vista de los chicos, que hay chicas a las que ellos consideran parte de la pandilla así su participación se dé en términos relativamente diferentes a las de ellos. Como señaló uno de los muchachos:

P: *¿Entonces estas diciendo que en esta pandilla sí hay mujeres?*

R: *Claro, aquí hay más de una.*

P: *¿Pero son parte de la pandilla?*

R: *Pues ellas se sientan aquí a charlar con nosotros, y entonces son parte del parche, siempre están por ahí, se puede decir que sí son de la pandilla.*

P: *¿Pero tienen algún papel diferente?*

R: *Pues claro, ellas no se meten tanto cuando la cosa se pone caliente.*

No obstante, quería conocer más acerca de la naturaleza de la participación de las chicas y si ellas se consideraban a sí mismas miembros de la pandilla; también si era cierto que ellas no se involucraban en la violencia. Igualmente quería saber si las chicas obtenían el mismo tipo de “privilegios” por ser parte de la pandilla. Ciertamente, los chicos sentían que derivaban cierto estatus por el hecho de ser conocidos como parte de una pandilla, siendo temidos y, en sus propios términos, *respetados*. Como me dijo un pandillero de 16 años:

Mire mi amor, en Siloé uno se tiene que hacer respetar. Si usted vive en Siloé y quiere andar por ahí fresco se tiene que hacer respetar, tiene que hacer que lo vean. Uno no puede simplemente andar por ahí, bien vestido, con sus zapatillas y que tal porque si usted es medio gallina ya perdió, y si la camisa sale con las zapatillas y la gorra sale con la camisa pues ahí sí perdió el año. Pero nosotros podemos dejar las zapatillas nuevecitas ahí en la calle que nadie las toca, porque el que las toca lo que siente es la muerte por detrás. Aquí la gente nos conoce, sabe que somos La Playboy.

Quería saber si la sensación de ser temido, respetado y ser alguien, que los chicos parecían derivar de su participación en las pandillas, se aplicaba también a las chicas.

La aproximación a las chicas dice mucho sobre su posición en la pandilla. Era realmente complicado tener de entrada una conversación con ellas. Durante la primera semana de investigación, cuando traté de preguntar directamente a una de las chicas si la podría entrevistar me dijo que ella no sabía nada acerca de las pandillas y que debería preguntarle a los chicos. Sólo tras una semana de estar entrevistando a los chicos les dije a ellos que quería entrevistar a las chicas: fueron ellos quienes las llamaron para que yo las entrevistara. Su vínculo con la pandilla se daba claramente a través de los chicos. Era muy significativo que tres de las chicas a las que los chicos habían identificado como miembros de la pandilla estuvieran embarazadas. Los padres de sus futuros hijos eran o habían sido miembros de la pandilla. No obstante, ellos hablaban de estas chicas como una especie de antiguos miembros de la pandilla a causa de su estado de embarazo.

P: *Entonces, ¿sí hay mujeres que son parte de la pandilla?*

R: *Sí, pero ese grupo se ha desintegrado mucho.*

P: *¿Y por qué?*

R: *Pues porque esas están todas embarazadas, y ya no se mantienen acá mucho con nosotros, ahora somos más que todo manes.*

Así que la pertenencia de las chicas a la pandilla tenía mucho que ver con su presencia en la zona, una condición que no se aplicaría a los chicos. Algunos de los miembros más antiguos de la pandilla eran mencionados reiteradamente en sus relatos, pese a que ninguno de ellos estaba ya presente. Cuando pregunté, me di cuenta de que algunos de ellos estaban en la prisión, otros raramente aparecían por la zona porque estaban *demasiado calientes*, es decir, que eran buscados por la policía, los grupos de vigilancia o por los grupos rivales. Pese a su ausencia del área no se ponía en duda su pertenencia a la pandilla, algo que sí acaecía con las chicas embarazadas.

Pese a que fueron los chicos quienes identificaron a aquellas mujeres que formaban parte de la pandilla, al preguntarles a ellas si se consideraban parte de la pandilla sus respuestas no eran tan contundentes. Hacían referencia a su amistad con los chicos, al hecho de sentarse juntos a fumar droga, pero no les era fácil identificarse directamente como miembros de la pandilla. Como dijo una chica de 16 años:

P: *¿Y ustedes sienten que son parte de la pandilla?*

R: *Pues uno está aquí con los pelados y que tal, pa' las que sean.*

P: *¿Pero ustedes dirían que son parte de La Playboy?*

R: *Pues como nos hacemos aquí en este parche pues nos ven como de La Playboy; si los de La Mina nos ven saben que somos de aquí, pero nosotras más que todo nos sentamos acá a charlar con los pelados y a trabarnos, eso es realmente lo que hacemos aquí.*

En consecuencia, las chicas sentían que eran parte del grupo en tanto se mantuvieran en la zona fumando marihuana junto a los chicos. Su relación con la pandilla tenía más que ver con su pertenencia al territorio que con asumir un papel activo real en las actividades de la pandilla. La relación de las chicas con el territorio y la defensa territorial merecen mayor atención.

Diferencias de género en relación con el territorio

Es evidente que la defensa del territorio de la pandilla era un aspecto importante de la actividad del grupo. La defensa territorial es probablemente uno de los aspectos centrales a través del que las pandillas crean la fantasía del poder y el control. Ello se hacía más evidente cuando los chicos hablaban de sus conflictos con la pandilla de La Mina.

¿Sabe qué? Esos pelados de La Mina acá que no vengan, acá se mueren, esto es de nosotros, es nuestro parche ¿me entiende? Nosotros estamos acá frescos y ellos vienen a darnos bala, y no nos vamos a dejar.

P: Entonces, *¿ustedes sienten que este es su espacio?*

R: *Bueno pues esto no es de nosotros, claro, pues hay casas que son de la gente de acá, pero es de nosotros porque acá es donde ha estado esta pandilla por mucho tiempo, desde antes que nosotros llegáramos. Si usted le pregunta a cualquiera, esto acá es La Playboy, y esos somos nosotros. Nadie puede venir a meterse con nosotros acá porque paga.* (Joven de 16 años)

Sin embargo, esta relación con el territorio tiene claramente una dimensión de género. Durante el tiempo que pasé en la zona solía ver a las chicas yendo y viniendo. Me empecé a preguntar entonces cuál era su relación con ese sentido de la territorialidad. Lo que encontré fue que la territorialidad tiene significados diferentes para las chicas y para los chicos. Es claramente observable que los chicos siempre se mueven alrededor de *su zona*, blandiendo sus armas, hablando duro y buscando enemigos. Las chicas permanecen sentadas en una esquina hablando o fumando. Esta diferencia era enfatizada en sus comentarios acerca de la territorialidad. Pregunté a una chica de 17 años que era parte de la pandilla si acaso ella sentía que ése era su territorio:

Bueno, nosotras somos de acá porque acá es donde vivimos, mi casa es aquí mismo y entonces nos parchamos ahí con los pelados. Pero esto acá es muy peligroso, yo siempre me siento en algún sitio donde pueda desaparecerme rápido. Los pelados juran que son los dueños de la calle, y por eso todos los días acá hay bala. Están locos, pero yo sólo digo una cosa: esos pelados de La Mina que por acá ni se aparezcan, porque yo soy una que donde los vea los estrello.

Por supuesto que las chicas estaban implicadas en el conflicto sobre el territorio pero no compartían el sentido de posesión de los chicos por ese lugar. Ellas se veían a sí mismas, y eran vistas, como procedentes “de” un determinado territorio y como estando “con” los chicos de ese territorio, así que cuando surgían escaramuzas ellas estaban allí y por tanto eran identificadas como parte de la pandilla enemiga. Así es sobre todo como ellas estaban envueltas en el conflicto y de vez en cuando tomaban parte en los ataques. Sin embargo, las chicas no compartían la ilusión de control y poder sobre la zona.

De hecho, el compromiso de las chicas con las bandas limita bastante su movilidad. Sara era una chica que había estado vinculada a la pandilla de La Playboy durante aproximadamente cuatro años. Vivía en una pequeña casa enfrente del territorio de la pandilla y estaba en ese momento confinada allí ya que había recibido amenazas de muerte. Para entrevistarla nos sentamos en el escalón de la puerta delantera. Sara decía que había dejado la pandilla porque se mantenía recibiendo amenazas por parte de los grupos de vigilancia que operan en la zona; también decía que su padre la golpearía si la viera por fuera de la casa. Sin embargo, ella mantenía relaciones con la pandilla puesto que en su casa operaba la principal proveedora de marihuana de la pandilla. Sara hablaba de su participación en la pelea con la otra pandilla:

Esos manes de La Mina a mi ya me conocen. A mi no me pueden ver del lado de allá, ellos saben que yo soy de acá, ya me han visto y además yo antes iba con los pelados a dar bala allá. El otro día hubo una balacera acá y casi me pegan un tiro. Yo no se porque ese hijueputa no me metió el tiro: me puso la pistola en la cabeza, y si eso hubiera pasado del lado de ellos ya estaría frita. Yo ahora ya no doy papaya, ya ni siquiera me siento allá arriba con ellos. Por eso es que ahora no me muevo de la puerta de mi casa, acá estoy todo el día sin hacer nada.

P: Entonces, ¿no te sentís segura ni acá en el territorio?

R: ¡¿Cuál territorio?! ¡Si acá dan bala todos los días!

De esta manera, las chicas viven el conflicto y toman parte en él, pero habitan el espacio como algo que las confina antes que como algo que las fortalece, al contrario de como parece ser en el caso de los chicos. Lo que no quiere decir que ellos no estén espacialmente confinados por culpa de sus peleas, pero en cierta manera derivan poder de la protección de su zona, no importa cuán limitados puedan ser el área o el poder.

Participación de las chicas como novias de los pandilleros

Cuando se les preguntaba a los chicos acerca de por qué creían que las chicas participaban en las pandillas a menudo decían que a ellas les gustaba salir con pandilleros, que se sentían protegidas y atraídas por ellos precisamente porque formaban parte de la pandilla. Lo que estaban suponiendo los chicos era que las chicas hacían una valoración positiva de sus actividades criminales y de su uso de la violencia.

Hay que ser realista: a las peladas hoy en día no les gusta un pelado sano. A muchas peladas, ¿sabe por qué le gustan los bandidos? Porque les pueden dar protección. Si están con cualquier pendejo les roban, y le roban a él, y así se quedan robados. En cambio con nosotros, si les roban les preguntamos: 'a ver mamita, ¿quién le robo?' Y ellas dicen que tal. Entonces: 'tranquila mamita que lo suyo aquí le llega'. Ahí me ha tocado pelear con algunos que no quieren devolver las cosas, y solo les 'digo tranquilo hermano, esta noche vengo con la pelada y, si ella dice que usted fue el que le robó, ya sabe cómo le va'. Y ya se están es cagando del susto, entonces dicen 'fresco, yo le mando las zapatillas...' Entonces las peladas ven eso, y también dicen que andan con nosotros porque las hacemos sentir bien.

Este tipo de imagen propia en la forma de ser los protectores de sus novias y de ser preferidos a causa de su dureza era común entre los chicos. Ciertamente, esta constituía una parte importante de la imagen generalizada de los varones que parece predominar en la pandilla. Sin embargo, las opiniones de las chicas estaban divididas en este punto. En general, parecía que las más jóvenes que iban y venían estaban muy impresionadas por el conjunto escénico de la pandilla. Era común ver a muchachas jóvenes de trece o catorce años coqueteando con los chicos, pidiéndoles que les mostraran las armas y queriendo probar alguna droga. Estas chicas, sin embargo, no estaban realmente inmersas en la pandilla con el mismo nivel en que lo estaban las muchachas mayores. Iban a la zona sólo de manera esporádica y, de hecho, durante el tiempo en que estuve allí difícilmente vi a la misma chica más de un par de veces. Las chicas de más edad con las que yo conversaba más y sabían más, y que estaban en la zona de manera permanente, eran conscientes de la atracción de las otras chicas por los miembros de la pandilla, pero no se incluían en ello.

Es cierto que a algunas peladas les gusta ser las novias de esos manes. A mi no. Les gusta porque roban, porque saben que sus novios son conocidos, como famosos. Les parece que eso es bacano.

Pregunté a Sara si acaso ella pensaba que estar con los pandilleros les proporcionaba más protección:

¿Protección? No... bueno, sí es verdad que como uno es amiga de esos manes ya no lo roban, pero hasta ahí llega la tal protección. Cuando hay balacera, ¿usted cree que ellos van a parar a pensar en uno? Eso todo el mundo corre a perderse. Puede que si le dan a uno ellos vayan a vengarlo, pero, ya con un tiro en la cabeza, ¿ya qué?

Como mencioné antes, tres de las mujeres con las que hablé estaban embarazadas. Su mirada sobre el tema de la atracción de las chicas hacia los pandilleros era crucial, pese a que era un tópico que encontraba bastante complicado abordar con ellas. Dos de ellas tenían 16 años y, cuando yo estaba allí, estaban a menudo drogadas. Sólo conocía de qué miembro de la pandilla eran *novias* porque me lo habían dicho. Aparte de eso, no había evidencia de alguna relación entre la pareja, ni nunca los vi hablando o sentados juntos. La situación de estas chicas me parecía bastante desesperada. Preguntando a una de ellas qué era lo que sentía acerca de tener un hijo con un pandillero me hizo sentir algo desanimada. Por eso me aproximé al tema en relación con el bebé, preguntando por cuándo era que iba a nacer, si acaso ellos estaban recibiendo tratamiento médico, si prefería un niño o una niña, etc. Por ese camino llegamos al tema de cómo estaban planeando cuidar al niño una vez hubiera nacido. Cuca confiaba en la ayuda de su familia:

Yo realmente no pensaba quedar en embarazo pero mi hermana mayor me va a ayudar a cuidar el bebe.

P: *Y el papá, ¿va a apoyarla en algo?*

R: *Pues no se. Me supongo que algo dará. La mamá de él dice que me ayuda. Estos pelados están demasiado ocupados jugando con sus pistolas.*

En toda la conversación alrededor del tema del futuro hijo, cada vez que se tocaba el tema de la paternidad no había claramente insinuación alguna de que las chicas estuvieran impresionadas u orgullosas de la participación de sus compañeros en la pandilla.

Las chicas que sacan a los chicos de las pandillas

Estaba bastante sorprendida al escuchar respuestas idénticas cada vez que hacía preguntas abiertas a los pandilleros acerca de su futuro. Aparte de un chico que dijo que iba a unirse a la guerrilla y luchar en las montañas, los demás respondieron de una manera u otra que ellos se *pondrían serios* y abandonarían la pandilla si encontraran a una chica de quien enamorarse. Las siguientes son las respuestas de tres pandilleros varones a preguntas similares acerca del futuro y de las posibilidades de abandonar la pandilla:

(1) P: *¿Qué piensa que va a hacer más adelante?*

R: *Bueno, por ahora me estoy divirtiendo. Para mi pasarla bacano es vestir bien y rumbar, hasta que encuentre una mujer que me ponga serio.*

P: *Entonces, ¿usted dejaría todo esto si encuentra una mujer?*

R: *Pues a veces uno se enamora y quiere es ver por su familia.*

(2) P: *¿Alguna vez ha pensado dejar la pandilla?*

R: *Bueno, si no me matan... Porque estos días uno sale de la casa por la mañana y no sabe si vuelve o no. Pero si tengo la oportunidad de cambiar, de pronto si.*

P: *¿Y qué tipo de oportunidad estás pensando?*

R: *Pues encontrar una buena pelada, enamorarme, así todo lo que uno piensa es en trabajar. Ya uno no sale a chupar y a quemar sino a trabajar. Muchos han sido así, se han salido de la pandilla porque se han enamorado y sólo pasan de la casa al trabajo.*

(3) A veces pienso que debería cambiar.

P: *¿Y cómo?*

R: *Pues encontrando una buena mujer, cogiendo responsabilidad. Esa es la forma.*

Resulta en cierta medida paradójico que estos jóvenes, que dividen su tiempo entre las drogas, las armas, los robos y los planes de ataque contra la pandilla de La Mina, compartan una ilusión unificada acerca de la familia nuclear y del hombre proveedor como el camino para salir del crimen. La coincidencia en estas respuestas pone en duda ciertos planteamientos acerca de este tipo de subcultura: la presentan como si proyectase formas, quizás precarias, de resistencia contra un sistema que les ofrece pocas oportunidades para desarrollar los roles esperados, como el de padres proveedores. Las actividades de las pandillas parecen, por un lado, contrastar radicalmente con el trabajo y la responsabilidad familiar; por otro lado, parecen compensar, por medio de la agresividad abierta y del control paranoico del territorio, el no cumplimiento de esas expectativas del papel masculino. Resulta contradictorio que los chicos puedan tomar un papel activo en esta posición de resistencia y al mismo tiempo mantengan la creencia en un modelo de género más tradicional.

Sin embargo, esta contradicción es superable. Pareciera como si a través de la pandilla sus miembros se vieran a sí mismos pasando por unos años salvajes, pero como si tuvieran al mismo tiempo esperanza en la posibilidad de sentar cabeza gracias a la asunción de un papel masculino bastante más tradicional. En este sentido, su compromiso con las pandillas no representa una impugnación clara, consciente y perdurable o un reto a esos papeles más tradicionales.

Sin embargo, este “privilegio” de estar “atravesando una etapa salvaje” tendría una clara dimensión de género. Es bastante significativo que el comentario (2) venga de Andrés, el novio de BB. Ella tiene ocho meses de embarazo. Al preguntarle a Andrés acerca del sentido de este comentario considerando que su novia estaba embarazada, replicó que él no pensaba en BB como en una compañera conveniente: *¡No..., ahí estaría igual de jodido o peor! Esa pelada no me va a hacer dejar nada de esto. Quiero decir una buena pelada. ¡Esa pelada BB está perdida!*

Pareciera que las muchachas fueran más fuertemente sancionadas por su participación en la pandilla. A los ojos de los chicos, las chicas metidas en el consumo de drogas y en violencia, actividades que son centrales para ellos, pasan a estar por fuera de lo que ellos consideran una chica adecuada. Sin embargo, no ven esa misma sanción como algo aplicable a ellos. Incluso desde la mirada de las chicas esta suerte de consecuencias diferenciales por estar en la pandilla parecían reforzarse. Algunas estaban de acuerdo en que los chicos podían “cambiar” si se involucraban con una chica.

BB Marcela y Cuca se embarazaron así nomás: yo lo pensaría para traer hijos al mundo con un papá de esos, un drogo, un ladrón. Pero muchos cambian: vea que mi primo ahora está en el ejército y tiene mujer y un hijo. Eso fue lo que lo hizo cambiar.

Al mismo tiempo, ellas tenían muchas más dudas acerca de su salida del estilo de vida que estaban llevando y no hacían mayor referencia a sueños idealizados de encontrar al hombre correcto. Sara asociaba de manera clara el tener un novio con el ser golpeada cuando contestó de la siguiente manera:

Yo realmente no me veo teniendo marido. Entre más lo pienso más me convenzo de que no es lo que quiero. ¡Mi papá no me pega para que alguien más venga a darme duro! Realmente no le veo sentido.

Cuca, que tenía cinco meses de embarazo y venía a menudo al territorio de la pandilla a fumar droga, también hizo un comentario que refuerza el hecho de que las chicas eran sancionadas con mayor dureza. Discutiendo sus planes futuros y la posibilidad de abandonar la pandilla, comentó: *No se..., tengo que salir de este hueco, irme lejos donde nadie me conozca.*

Así, la idea de que las chicas están “perdidas” una vez asumen el estilo de vida de la pandilla no era sólo una construcción de los chicos. De hecho, las chicas sentían esta caída de una manera bastante fuerte.

La entrada de las chicas a las pandillas: el consumo de drogas y las reacciones de la familia

Hasta ahora pareciera como si las chicas jugaran un papel secundario en las pandillas y su participación en las fantasías de poder y control propias de los miembros varones de las pandillas fueran limitadas. Tratando de poner juntas las motivaciones que ellas habrían tenido para llevar el tipo de vida que tenían gracias a su asociación con las pandillas, parecían claras dos cosas. Por un lado, las chicas veían las calles y su participación en las pandillas como una forma de escapar de los problemas de la casa; el consumo de drogas jugaba un papel básico en esta huida. Por otro lado, de sus comentarios sobre las reacciones de sus padres frente a sus actividades, era evidente que las chicas estaban más confinadas a sus casas y mucho más controladas por sus familias de lo que lo estaban los chicos.

Lo hago porque en mi casa me siento mal. Una vez tuve un problema con mi mamá porque se enteró que Los Paperos [grupo de limpieza] me habían sentenciado. Entonces me metí unas pepas, y cuando mi papá me vio me quería pegar, pero mi mamá le dijo que no me fuera a aporriar. Mi papá me mandó a dormir, pero uno empepado no puede dormir, uno solo quiere irse a andar... entonces me volé y me fui a trabar, y eso fue peor.

Las muchachas a menudo mencionaban los esfuerzos de sus padres para mantenerlas en la casa y los conflictos que ello originaba. Aún cuando parezca normal que los padres quieran mantener a sus hijos lejos de las pandillas, las drogas y la violencia, es preciso ver que estas reacciones son muy diferentes dependiendo de si el hijo es hombre o mujer. Para los chicos su relación con la madre era básica, pero en todo caso no se trataba de una relación de conflicto y control. Las madres aceptaban más a menudo lo que hacían sus hijos varones, en una evidente actitud de que los chicos deben ser chicos y no hay nada que hacer al respecto.

Lo que nosotros los bandidos sí tenemos es que somos buenos hijos. Yo por lo menos me considero buen hijo: cuando uno se hace un trabajito en la primera que piensa es en la cucha. Casi todos somos así. Cada una de nuestras madres tiene que llegar a aceptarlo. Mi cucha por lo menos sabe lo que hago. ¿Y qué puede decir ella? Sólo me desea suerte y ella sabe que yo le ayudo. Sólo le digo que no se preocupe por mi, que a mí me gusta esta vida.

Las chicas asociaban los problemas con la familia al consumo de drogas. Pareciera, en principio, como si las chicas sólo fumaran drogas menores; sin embargo su consumo iba bastante más allá. Explicaban que tomaban unas píldoras que llamaban *roche* y las describían como drogas que se prescribían a pacientes con enfermedades mentales. Las obtenían ilegalmente en ciertas droguerías del centro de la ciudad. Tomar estas píldoras con alcohol parecía producirles un efecto bastante poderoso:

Yo me meto unas pepas con un trago y eso de repente siente uno como que la cabeza le estalla, es como si tuviera uno la cabeza llena de telarañas, como si uno caminara en el aire, y uno ya no le tiene miedo a nada, uno se pega duro y ni lo siente. (Claudia, 17 años)

El efecto que tanto ellas como ellos atribuían a las drogas es muy interesante. A menudo decían que esas píldoras no les hacían sentir miedo y les hacían salir a buscar problemas. Sin embargo, eran ellas más que ellos quienes las asociaban tanto con su motivación como con su explicación del comportamiento violento. Las chicas, más que los chicos, necesitaban disponer de una explicación que estuviera basada en algo externo a ellas y por fuera de su control. Decían a menudo que no podían recordar nada de lo que habían hecho bajo los efectos de las pastas, y que sólo después eran otros quienes les explicaban que habían estado en una pelea o habían apuñalado a alguien. Los chicos negaban claramente este efecto de pérdida de la memoria. La explicación de sus actos de violencia era siempre

de una naturaleza más consciente e intencional, usualmente basada en la venganza respecto de sus enemigos. Para mí, esta diferencia en la actitud hacia las justificaciones del comportamiento violento refleja y refuerza la mayor aceptación del comportamiento violento de los chicos. Sin embargo, ellas estaban también directamente implicadas en la violencia: el estereotipo de género que vincula sólo a los chicos con la violencia esconde un problema que está presente también para las chicas.

Participación de las chicas en peleas y actos violentos

Como se dijo antes, los miembros masculinos de las pandillas tienen la idea de que las chicas pandilleras están menos implicadas en *lo caliente*, es decir, en los actos violentos en que ellos participan. Esa es la primera impresión que se tiene cuando uno se familiariza con las pandillas: que, de hecho, las chicas están vagabundeando, charlando y fumando pero tienen poca participación en los asaltos y en la violencia directa. Mientras estaba sentada en la zona, los chicos usualmente aparecían con sus armas listas para robar, y eran bastante explícitos al respecto, pues a menudo se llamaban unos a otros con gritos para decirse que habían detectado a una posible víctima. Las chicas nunca podían acompañar a los chicos en sus partidas de asalto. Cuando se les preguntaba a ellos de manera directa si las chicas alguna vez participaban en los atracos, a veces mencionaban que las chicas podían ayudarles a robar cuando estaban haciendo grandes trabajos, como cuando robaban a taxistas. Entonces las chicas bajaban a la ciudad, tomaban un taxi y lo traían hasta un punto del barrio previamente acordado. Los chicos asaltaban entonces al taxista y, en ocasiones, incluso le robaban el vehículo. Sin embargo, ellas difícilmente participaban en asaltos con lucha, que era la forma principal de obtención de dinero para los chicos. Su explicación tenía a retomar los estereotipos de género acerca de la menor fuerza y agresividad de las mujeres.

Las peladas en realidad no salen como los hombres, porque las mujeres son diferentes a los hombres. ¿Cómo va a salir una mujer a atracar a un señor adulto? ¿Ese acaso se va a dejar robar? ¡Simplemente les va a meter la mano!

Sin embargo, hablando con ellas acerca de sus actividades aparecía de manera clara que todo eso no era del todo cierto. Las chicas podían no participar en los asaltos de los chicos o en muchos de los ataques contra la pandilla de La Mina, pero estaban muy implicadas en la violencia por diferentes vías. Quisiera decir que la participación de las chicas en la violencia tenía dos elementos distintos. El primero parecía ser una extensión del conflicto de los chicos con la pandilla de La Mina y, en este sentido, la participación de las chicas no era para nada distinta a la de los chicos. Pese a que su participación inicial tenía más que ver con el hecho pasivo de “estar allí”, es interesante ver cómo las chicas adoptaron la pelea con la pandilla de La Mina y la hicieron suya. Ello se manifestaba en la forma de agresión contra las mujeres de la pandilla de La Mina:

Yo sólo digo una cosa, esas peladas por acá no pasan: ¡Si las vemos les hacemos algún daño!

P: *Pero, ¿por qué?*

R: *Pues... ¿no ve que si uno va por allá le meten un tiro? Nosotras aquí le damos duro, es como más decente.*

P: *Pero, ¿no eran los pelados los que estaban más metidos en esa pelea?*

R: *Pues sí, pero se vuelve nuestro problema también. Tampoco nos podemos dejar que nos den duro.*

P: *Pero, ¿por qué se pelean con las mujeres de La Mina?*

R: *Vea: ellas son de allá y nosotras no podemos ir allá, así que ellas tampoco pueden aparecerse por acá.*

La violencia contra las chicas de La Mina era similar al conflicto de los chicos en el sentido de que su origen era desconocido y de que, en el fondo, pareciera no tener importancia. Es como si ellas también adquiriesen una especie de poder por el hecho de ser capaces de golpear a las chicas de la otra pandilla, lo que estaba relacionado con aspectos territoriales.

El segundo aspecto de la participación de las chicas en la violencia tenía que ver con el hecho de que, en esos momentos, era bastante independiente de las actividades de los chicos. Muchas de ellas también robaban y golpeaban a otras chicas, sin embargo lo hacían en parejas y lejos del territorio de Los Playboy. Sus ataques eran de una naturaleza más individual y no de algo hecho a nombre de la pandilla, como sí pasaba en el caso de los chicos. Ellas usualmente explicaban estos ataques en relación con sus problemas en casa y en conexión con el consumo de droga.

Yo una vez me metí una de esas pepas más fuertes y realmente sólo me desperté dos días después. Tenía mucha piedra por un problema que tenía acá en mi casa. Cuando yo alego o peleo con alguien acá, cuando mi mamá me saca la piedra, yo solo me baño, me visto, y me meto unas pepas y salgo a buscar problemas con las peladas del plan. Me voy toda borracha, toda pepa y salgo a atracar a alguna pelada, solo por joderlas porque, honestamente, yo me voy sólo a joder. Con esas pepas uno no siente el miedo, uno ve un cuchillo y simplemente no le importa. Nosotras nos íbamos a buscar los problemas chimbamente, Lina y yo, bajábamos al plan todas borrachas y pepas y Lina decía 'ja la primera que veamos la estrellamos!'.

P: *Pero, ¿y por qué razón?*

R: *No, pues ese era como en vicio de ella. Cuando bajábamos por el cementerio vimos una negra grandísima. Yo sólo me había metido dos pepas, pero Lina llevaba dos días loca. Entonces dice: '¡Esa es!' Estaba loca. Entonces le metió la mano a esa negra. A esa mujer la vimos otro día y agarró a Lina del pelo. Ese día fue bien loco, yo tenía un destornillador en el bolsillo entonces se lo clavé.*

Por tanto, las chicas estaban implicadas en algunos horribles actos de violencia, aún cuando no supusiera usar armas ni se tratara de actos de venganza a nombre de Los Playboy. Esto significa que sus conflictos no eran tan abiertos, visibles y conocidos como aquellos de los miembros varones de la pandilla. Las peleas de las chicas eran, en términos generales, más individualizados y más azarosos, mientras que los de ellos eran claramente asumidos por la colectividad de la pandilla.

Todo ello hacía invisibles los conflictos y los problemas de las chicas.

Conclusión

Sin negar la desesperanzada realidad de las pandillas en Siloé, se puede decir que ellas proveen hasta cierto punto de “soluciones mágicas” a las contradicciones del sistema socio-económico. Estas soluciones están relacionadas a fantasías de poder y control vividas por sus miembros y expresadas mediante la violencia y el control del territorio.

Sin embargo, no solo el acceso a estas soluciones sino que incluso las soluciones mismas tienen una clara dimensión de género. Los miembros de las pandillas relacionan estrechamente estas instancias de poder y control con definiciones de lo que significa ser un hombre, de ser alguien, temido y respetado. Pese a que las chicas forman parte de las pandillas, su participación en esta fantasía de poder y control es limitada en términos de su sentimiento de pertenencia, del compromiso con la colectividad y del control simbólico del territorio.

La pertenencia de las chicas a la pandilla está más limitado: usualmente tiene que ver con su presencia en la zona o con su relación con los miembros masculinos de la pandilla. Sus relaciones con el territorio y el espacio se da más en términos de confinamiento que en términos de control sobre la zona: no comparten los sentimientos de propiedad y control del territorio propio de los chicos, aún cuando su participación en conflictos violentos con otras pandillas limita evidentemente su movilidad. Además, están más fuertemente penalizadas a causa de su participación en las pandillas.

Las chicas toman una parte activa en la violencia, aún si, precisamente a causa de que ella es menos aceptable para las chicas, sus conflictos resultan menos visibles. Su participación en la violencia tiene menos que ver con la acción colectiva y está mucho menos relacionada con “la pandilla”. La invisibilidad de su papel en la violencia puede tener amplias consecuencias: así por ejemplo, hace de ellas un objetivo poco atractivo para los proyectos y las políticas del gobierno y de las organizaciones no gubernamentales. Hay actualmente gran número de iniciativas que tienen en la mira a los jóvenes en situación de alto riesgo a causa de su implicación directa en la violencia, pero no es necesario decir que estas políticas están a priori orientadas hacia los chicos. Las iniciativas a menudo proveen capacitación y diferentes oportunidades de las que las chicas son excluidas.

McRobbie sugiere que la participación de las mujeres en las subculturas puede proporcionarles una confianza colectiva para trascender las normas de feminidad que las confina al hogar. Sin embargo, encuentro que la participación de las chicas en las pandillas de Siloé no ofrece ningún reto a estas normas. Eso no quiere decir que las chicas no estén implicadas en acciones que vayan contra estas normas de la feminidad, como es el caso de la participación en la violencia y en el consumo de drogas. Lo que quizás sucede es que las chicas están incorporadas a las pandillas de forma tal que terminan por reflejar, reforzar y perpetuar su mayor opresión.

Bibliografía

BOURDIEU, P. (2000) *La dominación masculina*, Editorial Anagrama, Barcelona.

BRAKE, M. (1985) *Comparative Youth Culture: The Sociology of Youth Cultures and Youth Subcultures in America, Britain and Canada*, London, Routledge.

FRITH, S., and GOODWIN, A. (1990). *On Record: Rock, Pop, and the Written Word*, London, Routledge.

GUZMAN, A., y DOMINGUEZ, M. (1998) *Diagnóstico de la Violencia Urbana en Cali*. CIDSE, Universidad del Valle, Cali.

HALL, S., JEFFERSON, T. (1976) *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-war Britain*, Birmingham, Hutchinson.

HARDING, S. (1987) *Feminism and Methodology*, Milton Keynes, Open University Press.

McROBBIE, A. (1980) “Settling Accounts With Subcultures: A Feminist Critique”, en Frith, S., Goodwin, A. (1990) *On Record: Rock, Pop, and the Written Word*, London, Routledge.

McROBBIE, A., and GARBER, J. (1976) “Girls and Subcultures”, en Hall, S., Jefferson, T. (1976) *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-war Britain*, Birmingham, Hutchinson.

SALAZAR, A. (1990) *No Nacimos Pa’ Semila: La Cultura de las Bandas Juveniles en Medellín*, Bogotá, CINEP.

SALAZAR, A. (1993) *Mujeres de Fuego*, Medellín, Corporación Región.